

dimos á dibujar tampoco. Nadie quería recibir lecciones de semejante hombre.

### III.

Mi hermano Alejandro estaba en aquella época en Moscou, en un cuerpo de cadetes, y manteníamos una activa correspondencia. Mientras que estuve con la familia, esto era imposible, porque nuestro padre consideraba como una prerrogativa el leer todas las cartas dirigidas á casa, y pronto hubiera puesto coto á toda correspondencia que no tuviera un carácter trivial. Ahora éramos libres para discutir en nuestras cartas lo que mejor nos parecía; no había más dificultad que la falta de dinero para el franqueo; pero pronto aprendimos á escribir tan menudo y apretado, que lo que conseguíamos meter en una sola carta era extraordinario. Alejandro, que tenía una hermosa letra, logró incluir cuatro páginas impresas en una sola carilla, y sus líneas microscópicas se leían con la misma claridad que si fueran impresas. Es lamentable que estas cartas, que él guardaba como preciosos recuerdos, hayan desaparecido; la alta policía, en una de sus razzias, le robó hasta aquello que de tanto aprecio era para él.

Nuestras primeras cartas casi no se ocupaban más que de los pequeños detalles referentes á mi nueva situación; pero pronto tomó nuestra correspondencia un carácter más elevado. Mi hermano no podía escribir sobre nimiedades; hasta en las reuniones de sociedad no lograba animarse sino cuando se entablaba alguna seria discusión, y se quejaba de sentir « un pesado dolor en el cerebro » — un dolor físico, según acostumbraba á decir —, cuando se hallaba entre gentes que sólo hablaban de cosas insignificantes. Me aventajaba mucho en desarrollo intelectual, y me impulsaba hacia adelante, presentando nuevas cuestiones científicas y filosóficas, unas después de otras, y aconsejándome lo que debía leer ó estudiar. ¡Qué suerte ha sido para mí tener un hermano semejante! Un hermano que, además, me quería con delirio, y á quien debo la mayor parte de mi desarrollo intelectual.

Algunas veces solía aconsejarme que leyera poesías, y me enviaba con sus cartas muchos versos y poemas enteros que sabía de memoria. « Lee poesía », escribía; « ella hace á los hombres mejores ». ¡Cuántas veces, durante mi existencia, he podido apreciar la verdad de semejante afirmación! El era indudablemente poeta, y tenía una asombrosa facilidad para escribir versos muy armoniosos. Creo, en verdad, que fué una desgracia que abandonase la literatura; pero la reacción contra las artes que se despertó entre la juventud rusa en los primeros años que siguieron al sesenta, y que Turgueneff ha pintado en *Bazzaoff (Padres é hijos)*, le indujo á mirar los versos con desprecio y á dedicarse por entero á las ciencias naturales. Debo manifestar, sin embargo, que mi poeta favorito no era ninguno de aquellos que su estro práctico, su oído delicado y sus inclinaciones filosóficas le hacían preferir. Su poeta ruso predilecto era Venevitinoff, mientras que el mío era Nekrasoff, cuyos versos se hallaban á menudo faltos de armonía, pero llenos de sentimiento á favor del explotado y oprimido.

« Uno debe proponerse algo durante su vida », me escribía una

vez. « Sin un objetivo, sin una aspiración, la vida nada representa ». Y me exhortaba á proponerme algo que valiera la pena de vivir. Era yo entonces demasiado joven para encontrar lo que me indicaba; pero algo « bueno », aunque vago é indeterminado, surgió á impulsos de tal llamamiento, por más que yo no pudiera, sin embargo, decir lo que ese « bien » llegaría á ser.

Nuestro padre nos daba poco dinero de que disponer, y jamás tuve lo suficiente para comprar un solo libro; pero como Alejandro recibiera algunos rublos de alguna tía, jamás gastaba lo más mínimo en divertirse, sino que compraba un libro y me lo remitía. No obstante, era opuesto á lecturas insípidas. « Siempre ha de tenerse algo que preguntar al libro que se va á leer », decía. Yo, sin embargo, no podía entonces dar á esa observación toda la importancia que merecía, y no puedo pensar ahora sin asombro en el gran número de libros, con frecuencia de un carácter especial, que leí sobre todas las materias, y en particular referentes á Historia. No perdí mi tiempo en leer novelas francesas, puesto que Alejandro, años antes, las había condenado á todas en esta sola sentencia: « Son estúpidas y de mal género ».

Los grandes problemas concernientes á la concepción que debíamos formar del universo — nuestro *Weltanschauung*, como dicen los alemanes, — eran, como es de suponer, el asunto dominante en nuestra correspondencia. En nuestra infancia nunca habíamos sido religiosos, pues aunque nos llevaban á la iglesia, en las rusas de las pequeñas parroquias y en los pueblos, la solemne actitud de los fieles es más impresionable que la misa misma. De todo lo que jamás oí en el templo, sólo dos cosas me afectaron: los doce pasajes tomados de los Evangelios, relativos á la pasión de Cristo, que se leen en Rusia en los oficios nocturnos del Jueves Santo, y la breve oración condenando el espíritu de dominación, que se recita durante la gran Cuaresma, la cual es verdaderamente hermosa, á causa de su sencillez, naturalidad y delicadeza de sentimientos. Pushkin la ha puesto en versos rusos.

Más adelante, en San Petersburgo, fuí varias veces á una iglesia católica; pero el carácter teatral del culto y la ausencia de todo sentimiento, me chocó, tanto más, cuanto vi allí con qué fe tan cándida, algún soldado polaco retirado ó alguna aldeana rezaban en algún apartado rincón. También fuí á una protestante; pero, al salir de ella, vieron, á pesar mío, á mí memoria estos versos de Goethe:

« Jamás levantaréis los corazones  
si al vuestro no le alientan las pasiones ».

Alejandro, entre tanto, había abrazado con su natural entusiasmo la fe luterana, leído el libro de Michelet sobre Servetio, y construido para su uso particular una religión, tomando como tipo esa gran figura. Estudió con marcada predilección la declaración de Ausburgo, que copió y me remitió, viéndose ahora nuestras cartas llenas de discusiones sobre la gracia, y de textos de los apóstoles Pablo y Santiago. Aunque seguí á mi hermano por ese camino, las discusiones teológicas no llegaron á interesarme demasiado, y, desde que me repuse de la fiebre tifoidea, me dediqué á un género de lectura muy diferente.

Nuestra hermana Elena, que ahora estaba casada, se encontraba

en San Petersburgo, y todos los sábados por la noche iba yo á visitarla. Su marido tenía una buena biblioteca, en la que los filósofos franceses del siglo pasado y los historiadores modernos del mismo país se hallaban bien representados, y en ellos puede decirse que me sumergí; esos libros estaban prohibidos en Rusia, é indudablemente no se podían llevar al colegio, por cuya razón yo pasaba casi todas esas noches leyendo las obras de los enciclopedistas, el diccionario filosófico de Voltaire, los escritos de los estoicos, especialmente Marco Aurelio y otros. La infinita inmensidad del universo, la grandeza de la naturaleza, su poesía, su vida, que se manifiesta en todas partes, me impresionaban cada vez más, y esa vida incesante y armónica me produjo el éxtasis de admiración que la juventud acaricia, en tanto que mis poetas favoritos me ofrecían el modo de expresar en palabras ese naciente amor á la humanidad y fe en su progreso, que tan importante papel representan en la primavera de la vida, acompañando luego al hombre mientras dure aquélla.

Alejandro, entre tanto, había llegado gradualmente á un agnosticismo kantiano, y la «relatividad de las percepciones», «percepciones en tiempo y en espacio, ó tiempo sólo», y, así por el estilo otras ideas llenaban por completo nuestras cartas, cuya letra se hacía más y más microscópica á medida que la materia discutida crecía en importancia. Pero ni entonces ni después, cuando acostumbrábamos á pasar horas y horas en discutir la filosofía de Kant, pudo mi hermano convertirme en un discípulo del filósofo de Königsberg.

Las ciencias naturales — esto es, matemáticas, física, química y astronomía — eran mis principales estudios. En el año 1858, antes de que Darwin hubiera dado á luz su inmortal libro, un profesor de zoología de la universidad de Moscou, llamado Roulier, publicó tres conferencias sobre transformismo, y mi hermano aceptó, desde luego, sus ideas respecto á la variabilidad de las especies. Pero no hallándose satisfecho, sin embargo, con pruebas solamente aproximadas, empezó á estudiar una serie de libros especiales que trataban de la herencia y lo que con ella se relaciona, comunicándome en sus cartas los hechos más culminantes, así como sus vacilaciones y sus ideas. La aparición de *El origen de las especies* no resolvió sus dudas sobre determinados puntos, sino que, provocando otras nuevas, le sirvió de estímulo para continuar sus estudios. Nosotros después discutimos — y esa discusión duró muchos años — varias cuestiones relativas al origen de las variaciones y sus probabilidades de ser transmitidas y acentuadas; en fin, esas cuestiones que han sido el tema, muy recientemente, de la controversia entre Weismann y Spencer, de las investigaciones de Galton y de las obras de los modernos Neo-Lamarckianos. Debido á sus buenas disposiciones críticas y filosóficas, Alejandro había notado, desde luego, la importancia fundamental de estas cuestiones para la teoría de la variabilidad de las especies, á pesar de que entonces todavía muchos naturalistas no les daban importancia.

Debo mencionar también una excursión temporal en el campo de la economía política. En los años 1858 y 1859 todo el mundo en Rusia hablaba de economía política: las conferencias sobre libre cambio y derechos fiscales atraían á grandes multitudes, y mi hermano, que

no estaba por completo absorto en lo que á la variabilidad de las especies se refería, tomó un vivo aunque pasajero interés en los asuntos económicos, mandándome, para que la leyera, la *Economía política*, de Juan Bautista Say. De ella sólo leí algunos capítulos: los aranceles y las operaciones bancarias no me interesaban lo más mínimo; pero Alejandro tomó esas cuestiones tan á pecho, que hasta llegó á escribir á nuestra madrastra, tratando de interesarla en el intricado laberinto de los derechos de Aduanas. Cuando después, en Siberia, leíamos algunas de las cartas de aquella época, nos reíamos de veras, al tropezar con alguna en la que él se quejaba de la incapacidad de nuestra madrastra, quien se mostraba indiferente ante cuestiones de tal transcendencia, y tronaba contra un especiero al que detuvo en la calle, «y quién, ¡lo creeréis! — decía entre signos de admiración —, ¡á pesar de ser un comerciante, afectaba una estúpida indiferencia por las cuestiones arancelarias!»

\*  
\*  
\*

Todos los veranos llevaban como una mitad de los pajes á un campamento en Peterhof: de esto se dispensaba á las últimas clases, y yo pasé los dos primeros veranos en Nikolskoye. El salir de la escuela, el tomar el tren para Moscou, y encontrar allí á Alejandro, eran cosas tan halagueñas para mí, que nunca dejaba de contar los días que había que pasar hasta llegar al momento deseado. Pero en una ocasión me aguardaba en Moscou una desagradable sorpresa: Alejandro no había sido aprobado en los exámenes, y tenía que pasar otro año en la misma clase. Verdaderamente era demasiado joven para entrar en las clases especiales; pero nuestro padre, sin embargo, se incomodó con él y no consintió que nos viéramos. Eso me entristeció sobre manera: ya habíamos dejado de ser niños y teníamos un fin de cosas que contarnos. Intenté obtener permiso para ir á casa de nuestra tía Sulima, donde tal vez hubiera podido ver á Alejandro; pero se me negó en absoluto. Desde que nuestro padre se volvió á casar nunca se nos permitía ver á nuestros parientes maternos.

Aquella primavera nuestra casa de Moscou estaba llena de invitados. Todas las noches los salones de recepción se inundaban de luz, la música tocaba, el repostero no paraba de hacer helados y pastas, y en el gran salón se jugaba á los naipes hasta bien entrada la noche. Yo vagaba sin objeto á través de aquellas salas tan brillantemente iluminadas, y me sentía disgustado.

Una noche, después de las diez, un criado me llamó por señas, diciéndome después que saliera al patio. Fuí allí, y el antiguo mayordomo Frol me dijo á media voz: «Ven á la casa de los cocheros; Alejandro Alexievich está aquí».

Atravesé el patio corriendo y subí volando el tramo de escalera que conduce á la habitación referida, entrando en un amplio local alumbrado por una luz incierta, donde, sentado junto á la gran mesa de comedor de los criados, vi á Alejandro.

— Querido Sasha, ¿como has venido? — le dije —; y en el acto nos abrazamos fuertemente sin poder articular palabra; de tal modo nos hallábamos emocionados.

— ¡Vamos, vamos! que pudieran oiros — dijo la cocinera de la servidumbre, Praskovia, enjugándose las lágrimas con su delantal, y agregando después: «¡Pobres huérfanos! ¡Si al menos viviera vuestra madre!»

El viejo Frol permanecía de pie con la cabeza inclinada y también con los ojos humedecidos.

— Mira Petya, ni una palabra á nadie, á ninguno — dijo, en tanto que Praskovia puso en la mesa un jarro de barro, lleno de caldo para Alejandro.

El, rebosando salud, bajo su uniforme de cadete, ya había empezado á hablar de un sin fin de cosas, bebiéndose al mismo tiempo lo que el jarro contenía. Apenas pude conseguir que me refiriera cómo había podido venir á hora tan avanzada. Nosotros vivíamos entonces cerca del boulevard Smolensky, muy próximo á la casa donde murió nuestra madre, y la escuela de cadetes se encontraba en la parte opuesta de los alrededores de la ciudad, á ocho kilómetros, por lo menos, de distancia.

Había hecho un bulto con las ropas de la cama y lo había colocado bajo las sábanas, después se fué á la torre, se descolgó por una ventana, salió sin que se apercibieran, y vino andando todo el camino.

— ¿No tenías miedo de noche en los campos desiertos que rodean al colegio? — le pregunté. — A lo cual contestó: — ¿Qué tenía que temer? Sólo los perros me embestían; verdad que yo mismo los achuchaba: mañana no me vendré sin la espada.

Los cocheros y otros sirvientes entraban y salían; suspiraban al vernos, y se sentaban algo distanciados de nosotros hablando á media voz para no molestarnos; mientras que nosotros dos, con los brazos entrelazados, estuvimos allí sentados hasta la media noche, hablando de las nebulosas y de la hipótesis de Laplace, de la estructura de la materia, las luchas del papado bajo Bonifacio VIII con el poder imperial, y otras cosas por el estilo.

De cuando en cuando, alguno de los criados entraba precipitadamente diciendo: «Petinka, ve á que te vean en el salón; están en movimiento y pudieran preguntar por ti».

Le supliqué á Sasha que no volviera á la noche siguiente; pero, sin embargo, vino, no sin haber tenido antes una ligera escaramuza con los perros, contra los cuales había hecho uso de la espada. Cuando, más temprano que el día anterior, me llamaron para ir á la casa de los cocheros, acudí presuroso. Alejandro había hecho parte del camino en carruaje: la noche antes, uno de los criados le trajo lo que le habían dado los jugadores, suplicándole que lo aceptara; él tomó lo preciso para alquilar un coche, y de ese modo pudo venir antes de la hora en que lo efectuó en la primera visita.

Pensaba volver también á la noche siguiente; pero había motivos para temer pudiera ser peligroso para los sirvientes, y decidimos despedirnos hasta el otoño: una pequeña nota «oficial» me dió á conocer al siguiente día que sus salidas nocturnas habían pasado inadvertidas. ¡Qué terrible hubiera sido el castigo, si se llegan á descubrir! Horroriza pensar en ello: azotado ante el cuerpo, hasta ser conducido en una manta sin conocimiento, y después degradado y enviado á un batallón de hijos de soldados; todo era posible en aquel tiempo.

Lo que los criados hubiesen sufrido por habernos ocultado, si la noticia llega á oídos de nuestro padre, hubiera sido igualmente espantoso; pero ellos sabían guardar el secreto y no delatarse unos á otros. Todos tuvieron conocimiento de las visitas de Alejandro; pero ninguno dijo ni una palabra á la familia: ellos y yo éramos los únicos de la casa que teníamos conocimiento del hecho.

## IV.

Aquel mismo año di mis primeros pasos como investigador de la vida del pueblo, lo que me aproximó á nuestros labriegos, permitiéndome verlos bajo un aspecto distinto, y más tarde me fué de gran utilidad en Siberia.

Todos los años, en Julio, en el día de la Santa Virgen de Kazan, que era la patrona del pueblo, se celebraba una feria muy regular en Nikolskoye. Acudían vendedores de todas las poblaciones inmediatas, y muchos miles de aldeanos venían hasta de diez leguas á la redonda, dando á nuestro pueblo, durante un par de días, un aspecto muy animado. Una notable descripción de las ferias de pueblos del Sur de Rusia se había publicado aquel año por la Slavophile Aksakoff, y mi hermano, que se hallaba entonces en la cúspide de su entusiasmo económico-político, me aconsejó hiciera un trabajo análogo respecto á nuestra feria, acompañado de datos estadísticos, incluyendo en éstos las cantidades de artículos entrados y salidos. Seguí sus indicaciones, y, con gran sorpresa mía, vi que obtuve un feliz resultado; mis apreciaciones y datos no eran menos dignos de crédito, según lo que he podido ver después, que los de la misma índole que se encuentran en las obras de estadística.

Nuestra feria sólo duraba un poco más de veinticuatro horas. La víspera, el gran espacio libre donde aquella se efectuaba se encontraba lleno de vida y animación. Largas filas de mostradores, destinados á la venta de telas de algodón, cintas y adornos de todas clases, de los que usan las aldeanas, se levantaban por doquiera. El restaurant, que era un edificio construído de piedra, se cubría de mesas, sillas y bancos, y su suelo se alfombraba de menuda arena. Aparecían tres tabernas, á cuyas puertas ramas de retama recién cortadas, colocadas en lo alto de un palo que se elevaba á mucha altura, servían para llamar desde lejos la atención de los campesinos. Hilera tras hilera de mostradores más pequeños, destinados á la venta de loza, calzado, objetos de piedra, pan de jengibre y toda clase de menudencias surgían como por encanto, mientras que en un lugar determinado del terreno se hacían excavaciones para colocar inmensos calderos, en los que se hervían el mijo y otras semillas por fanegas y carneros enteros, para proporcionar á los miles de visitantes *schi* y *kasha* (sopas y caldos). Por la tarde, los cuatro caminos que conducían á la feria se hallaban bloqueados por centenares de carros y carretas, y pilas de cacharrería, barricas de brea, granos y ganado, se presentaban á la venta á ambos lados de aquéllos.

Esa noche se celebraba en nuestra iglesia el servicio religioso con gran solemnidad. Los curas de los pueblos inmediatos tomaban parte

en él, y sus sochantres, reforzados por algunos jóvenes forasteros, cantaban en el coro con tal arte como pudiera hacerse en una catedral. La iglesia estaba completamente llena, y las gentes oraban con fervor; los feriantes rivalizaban entre sí en cuanto al número y dimensiones de las velas de cera que encendían ante los altares, como ofrendas á los santos de la localidad, interesándolos en el buen éxito de su empresa; y como la concurrencia era tan grande que no permitía á los que se hallaban á lo último de la iglesia llegar hasta el altar, desde allí se enviaban, haciéndolos pasar de mano en mano, velas y cirios de todas clases, blancos y amarillos, chicos y grandes, según la posición del que los ofrecía, diciendo al mismo tiempo: «Para la Santa Virgen de Kazan, nuestra patrona; para San Nicolás el milagroso; para San Frol y San Saur» (los santos de los caballos, lo cual procedía de los que tenían esos animales de venta); ó simplemente «para los santos», sin meterse en más rodeos.

Una vez terminada la función religiosa, empezaba la anteferia, y era llegado el momento de que me dedicara por completo á mi misión de preguntar á centenares de personas por el valor de los artículos que traían. Y, con gran sorpresa mía, salí del paso sin dificultad. Por supuesto, que también á mí me hacían algunas preguntas: «¿Por qué hacéis esto?» «¿No será para el viejo príncipe, quien tal vez pretenda subir los derechos del mercado?» Pero la seguridad de que el viejo príncipe no sabía ni querría saber nada sobre el particular (él lo hubiera considerado como una ocupación poco digna), desvanecía, desde luego, todas las dudas. Pronto aprendí el mejor modo de interrogar, y después de tomar seis tazas de té en el restaurant con algún feriante (¡qué horror; si mi padre lo hubiera sabido!), todo marchaba á pedir de boca. Vasily Juanoff, el corregidor de Nikolskoye, un aldeano de aspecto arrogante, de rostro simpático é inteligente y hermosa barba rubia, se interesó por mi trabajo. «Si te conviene para tus estudios, realízalo; después nos dirás la ventaja que te ha aportado», fué su conclusión, y le dijo á la gente «que no había mal en ello».

En una palabra, lo importado se determinó con facilidad; pero al siguiente día las ventas ofrecieron algunas dificultades, en particular en los vendedores de géneros, quienes ni ellos mismos sabían aún lo que habían vendido. El día de la feria las jóvenes aldeanas invadían las tiendas por completo; después de vender cada una la tela que ella misma había tejido, procuraba comprar algún algodón estampado y un buen pañuelo para ella, otro de color para su marido, tal vez algún encaje, una ó dos cintas y una multitud de menudencias para la abuela, el abuelo y los niños que habían quedado en casa. En cuanto á los que vendían loza, bollos de jengibre, ganado ó cáñamo, desde luego manifestaban lo realizado, especialmente las mujeres de edad. «¿Se ha hecho buen negocio, abuelita?», solía yo preguntar, y ella respondía: «No tengo motivo de queja, hijo mío. ¡Por qué había de ofender á Dios! Casí todo se ha vendido». Y con todas esas insignificancias se formaron cantidades importantes en mi libro de Memorias. Un punto quedaba por resolver: había un gran espacio destinado á muchos centenares de aldeanas que, expuestas á los ardientes rayos del sol, ofrecía cada una un pedazo de tela tejida por ella misma, algunos de verdadero mérito.

Bastantes compradores, con caras de gitanos y miradas de tiburón, circulaban entre la multitud haciendo adquisiciones. De estas ventas sólo se pudo hacer un cálculo aproximado.

En aquel tiempo no reflexioné sobre el alcance de este trabajo; su buen resultado me bastaba para estar satisfecho. Pero el verdadero buen sentido y recto criterio del campesino ruso, de que fui testigo durante ese par de días, dejaron en mi ánimo una impresión profunda. Más adelante, cuando propagábamos las doctrinas socialistas entre los agricultores, me maravillaba que algunos de mis amigos, que al parecer habían recibido una educación más democrática que yo, no supieran hablar á los aldeanos ó á los trabajadores de las fábricas de los distritos rurales. Procuraban imitar el modo de expresarse de la gente de campo, introduciendo en su lenguaje una profusión de las llamadas «frases populares», pero el resultado era negativo.

Nada de eso se necesita para comunicarse con ellos, ya sea por palabra ó por escrito. El campesino ruso entiende perfectamente el lenguaje del hombre ilustrado, con tal de que no se halle impregnado de voces tomadas de idioma extranjero. Lo que él no comprende es la noción abstracta, cuando no va acompañada de ejemplos concretos. Pero yo sé por experiencia que, si se le habla al labriego ruso con claridad, partiendo de hechos concretos — y otro tanto puede decirse de los aldeanos de todas las naciones —, no hay generalización que, partiendo del campo de la ciencia social ó natural, no se pueda poner al alcance de un hombre de una inteligencia corriente, si el que la expone la ha comprendido bien. La principal diferencia entre el hombre educado y el que no lo es, puede decirse que no es otra sino la imposibilidad en que se halla el último de seguir una serie de conclusiones. Se hace cargo de la primera y tal vez de la segunda; pero á la tercera se encuentra fatigado si no ve claramente el punto hacia el cual el que habla se dirige. Mas tal dificultad se presenta á menudo, también, aun tratándose de personas cultas.

Una impresión más saqué de aquel trabajo de mi juventud, impresión que no formulé sino después, y que probablemente sorprenderá á muchos lectores. Me refiero al espíritu de igualdad, que está altamente desarrollado en el campesino ruso, y en verdad en la población rural de todas partes. El aldeano ruso es capaz de demostrar una obediencia servil al señor territorial ó al agente de palacio; se inclinará ante su voluntad de un modo expresivo; pero no los considerará como hombres superiores; y si poco después el uno ó el otro le habla del heno ó de otra cosa por el estilo, le contestará como de igual á igual. Jamás vi en el campesino ruso ese servilismo, convertido en una segunda naturaleza, con que un empleado de poca categoría le habla á otro de más elevado rango, ó un lacayo á su amo. Es verdad que se somete á la fuerza fácilmente; pero no le rinde culto.

\*\*

Aquel año volví de Nikolskoye á Moscou de una nueva manera. No existiendo entonces ferrocarril entre Kaluya y Moscou, había un hombre, llamado Buck, que mantenía en comunicación á las dos po-

blaciones por medio de unos coches de mala muerte. La familia nunca pensó hacer uso de ellos teniendo su tren propio; pero, cuando mi padre, á fin de ahorrarle á mi madrastra un viaje de ida y vuelta, me propuso, medio en chanza, que fuera solo en uno de esos vehículos, acepté con placer el ofrecimiento.

La mujer de un traficante, ya de edad y muy gruesa, y yo ocupábamos los asientos posteriores, y un artesano, al parecer, en los anteriores, éramos los únicos viajeros. Por el camino fuí muy divertido; primero, por viajar solo (aún no tenía los dieciséis años), y después, porque la mujer referida, que había traído para un viaje de tres días una cesta colosal llena de provisiones, me obsequió mucho, ofreciéndome de todo. Los detalles de las jornadas fueron deliciosos. Lo ocurrido una tarde especialmente, permanece vivo en mi memoria: llegamos á uno de los pueblos grandes y paramos en una posada. La compañera de viaje pidió una habitación para ella, y yo me salí á la calle caminando á la ventura. Una « casita blanca », en la que se servía de comer, pero no bebidas alcohólicas, llamó mi atención y entré en ella. Muchos aldeanos, sentados en torno de pequeñas mesas cubiertas de blancas servilletas, tomaban el te; yo seguí su ejemplo.

Allí todo resultaba nuevo para mí. Era un pueblo de campesinos de la Corona, esto es, gentes que no habían sido siervos y disfrutaban de un relativo bienestar, tal vez debido al tejido á mano que cultivaban como industria doméstica. Conversaciones serias y reposadas, interrumpidas aquí y allá por franca risa, se mantenían entre los concurrentes, y después de las fórmulas de introducción usuales, pronto me vi enredado en una conversación con una docena de aldeanos sobre el estado de la cosecha en nuestro terreno y otro sin fin de cosas. Deseaban saber todo lo referente á San Petersburgo, y particularmente lo relativo al rumor de la abolición de la servidumbre. Un sentimiento de amor hacia la sencillez y las relaciones naturales de igualdad, así como la buena voluntad y simpatía que he sentido siempre después al hallarme entre los aldeanos ó en sus casas, se despertaron en mí en aquella casa de comidas. Nada extraordinario ocurrió en esa noche, así que, hasta pongo en duda que el incidente sea digno de mención, y, sin embargo, aquella noche calurosa y oscura en el pueblo, aquella pequeña posada, aquella conversación de los campesinos y el vivo interés que demostraron por un sin fin de cosas que se hallaban mucho más allá de lo que constituía el objeto corriente de sus preocupaciones, han hecho dicha pobre casita blanca más atractiva para mí, desde entonces, que el mejor restaurant del mundo.

## V.

Tiempos tormentosos vinieron para nuestra escuela. Cuando Girardot fué reemplazado, su puesto lo ocupó uno de nuestros oficiales, el capitán B. Era más bien de buen carácter, que de malo; pero se le metió en la cabeza que no era tratado por nosotros con el respeto correspondiente á la alta posición que ahora ocupaba, é intentó imponernos mayor consideración hacia él. Empezó cuestionando por todo con la clase primera, y — lo que en nuestra opinión era aún peor — intentó destruir

nuestras « libertades », cuyo origen se perdía en « la noche de los tiempos », y que insignificantes en sí, eran, tal vez por eso mismo, más apreciadas por nosotros.

El resultado de esto fué, que durante varios días la escuela estuvo en completa rebelión, que terminó en castigos generales, y en la expulsión del cuerpo de dos de los pajes favoritos.

Luego el referido capitán empezó á intervenir en la hora que pasábamos todas las mañanas en la clase preparando nuestras lecciones antes de que llegaran los profesores. Allí nos considerábamos bajo la autoridad de éstos y no de los militares, por lo cual aquello nos causó mucho disgusto; y un día yo expresé en alta voz nuestro descontento, diciéndole que aquel puesto era el del inspector de las clases, no el suyo. Aquella franqueza me costó varias semanas de arresto, y tal vez hubiera sido expulsado de la escuela, á no haber sido porque el mismo inspector, su ayudante, y hasta nuestro viejo director, juzgaron que, después de todo, yo no había hecho más que decir con la boca lo que ellos se decían con el pensamiento.

No bien terminados estos trastornos, la muerte de la emperatriz, viuda de Nicolás I, interrumpió de nuevo nuestro trabajo.

El entierro de las testas coronadas se arregla siempre de tal modo, que impresione profundamente á las masas. El cadáver de la emperatriz fué traído desde Zarkoye Seló, donde había muerto, á San Petersburgo, y aquí, seguido de la familia imperial, todos los altos dignatarios del Estado y muchos miles de funcionarios y corporaciones, y precedido de centenares de curas y coristas, se condujo desde la estación del ferrocarril, á través de las calles principales, á la fortaleza, donde tenía que estar de cuerpo presente varias semanas. Cien mil hombres de la guardia habían sido colocados á lo largo de la carrera y miles de personas, vestidas con los más vistosos uniformes, precedían, acompañaban y seguían al féretro, formando solemne procesión. En todos los cruces de calles importantes se entonaban responsos; y entonces, el doblar de las campanas en las torres de las iglesias, las voces de los vastos coros, y los acordes de las bandas militares se unían de modo bien impresivo, como para hacer creer á las gentes que la inmensa multitud se hallaba verdaderamente de duelo por la pérdida de la emperatriz.

Todo el tiempo que el cadáver estaba de cuerpo presente en la iglesia de la fortaleza, los pajes, entre otros, tenían que dar una guardia de honor noche y día: tres de éstos y tres damas de honor se hallaban siempre cerca del ataúd, que estaba colocado sobre un alto catafalco, en tanto que unos veinte pajes se encontraban estacionados en el coro, en el cual se cantaban letanías, dos veces al día, en presencia del emperador y toda su familia. En su consecuencia, todas las semanas iban alternativamente á la fortaleza, donde permanecían alojados, una mitad del cuerpo: se nos relevaba cada dos horas, y durante el día el servicio no era muy penoso; pero cuando tenía que levantarme de noche, ponerme el uniforme de gala, y dirigirme después caminando por los pasajes oscuros é internos de la fortaleza, hasta llegar á la iglesia, acompañado por el lúgubre tañir de las campanas, sentía un ligero escalofrío al pensar en los presos que se hallaban sepultados entre los

muros de esta Bastilla rusa: « ¡quién sabe — me decía yo —, si á mi vez no llegaré también á ser uno de ellos algún día! »

\* \* \*

Los funerales no terminaron sin un incidente, que pudo haber tenido serias consecuencias. Un inmenso dosel se había erigido bajo la cúpula del templo, sobre el ataúd. Una gran corona dorada le servía de remate, y de ella partía un descomunal manto de púrpura, forrado de armiño, dirigido hacia las cuatro gruesas pilastras que sostenían aquélla. El aspecto de éste impresionaba; pero nosotros los muchachos, pronto descubrimos que la corona era de cartón dorado y de madera; el manto, sólo de terciopelo en su parte inferior, mientras que más arriba, únicamente se encontraba algodón encarnado; y el forro de armiño no era más que una franelilla ó bayeta de algodón, á la que se habían cosido colas de ardillas negras; los escudos que representaban las armas de Rusia, velados por un crespón negro, eran sencillamente de cartón. Pero las muchedumbres, á las que se permitía á ciertas horas de la noche pasar ante el féretro y besar precipitadamente el paño de brocado que lo cubría, es indudable que no tenían tiempo para examinar detenidamente el armiño de franela ó los escudos de cartón; y el efecto teatral se obtenía, aun por esos medios tan económicos.

Cuando se canta una letanía en Rusia, todos los presentes tienen velas de cera encendidas, que deben apagarse después de leídas determinadas oraciones. La familia imperial hacía otro tanto, y un día, el hijo menor del Gran Duque Constantino, al ver que los otros apagaban sus velas volviendo lo de arriba abajo, hizo lo mismo. La gasa negra que caía de un escudo, á su espalda, se incendió, y en un segundo, el escudo y la tela de algodón estaban ardiendo: una inmensa lengua de fuego subía por los pesados pliegues del supuesto manto de armiño.

El servicio religioso se suspendió: todas las miradas se dirigían con terror hacia la lengua de fuego, que seguía más y más avanzando, en dirección á la corona de cartón y la armadura de madera que sostenía todo aquello; empezando á caer pedacitos de tela encendida, que amenazaban prender fuego á los velos negros de las señoras.

Alejandro II sólo perdió la serenidad un momento; pero se repuso en seguida y dijo con voz no alterada: « ¡hay que quitar el ataúd! » Los pajes de cámara lo cubrieron con el grueso brocado de oro, y todos avanzamos para levantarlo; pero al mismo tiempo la gran lengua de fuego se había dividido en muchas pequeñas, que ahora sólo devoraban lentamente la pelusa externa del algodón, y encontrando cada vez más polvo acumulado en la parte superior del dosel, vinieron á morir gradualmente entre sus pliegues.

No puedo decir qué es lo que más cautivaba mi atención: si era el fuego que se extendía, ó las figuras esbeltas y majestuosas de las tres señoras que se encontraban al lado del féretro, tendidas las largas colas de sus negros vestidos sobre los escalones que conducían á la plataforma superior, y sus velos de blondas pendientes de sus hombros. Ninguna había hecho el menor movimiento: parecían tres hermosas imágenes de talla. Sólo en los negros ojos de una de ellas, la señorita

Gamaleya, brillaban las lágrimas cual perlas: era hija del Sur de Rusia, y la única verdaderamente hermosa entre las damas de honor de la corte.

En la escuela, todo andaba trastornado: las clases estaban interrumpidas; aquellos de nosotros que volvían de la fortaleza eran alojados en departamentos provisionales, y no teniendo nada que hacer, pasaban todo el día inventando infinitas diabluras. En una de ellas, conseguimos abrir una caja de cartón que contenía una espléndida colección de modelos de animales de todas clases, para la enseñanza de la Historia natural: ese, al menos, era su objeto oficial; pero jamás ni aun nos la habían mostrado; y ahora que se hallaba en nuestro poder, nos servíamos de ella á nuestro gusto. Con una calavera humana que estaba en la colección, hicimos un fantasma para asustar á los otros compañeros y á los oficiales por la noche. En cuanto á los animales, los colocamos en las más ridículas y extrañas posiciones: monos montados en leones, carneros jugando con leopardos, la girafa bailando con el elefante, y otras cosas por el estilo. Lo peor de todo fué que, algunos días después, uno de los príncipes prusianos, que había venido á asistir á las honras fúnebres (fué, según creo, el que más tarde vino á ser el emperador Federico), visitó el Cuerpo, y se le mostró todo lo concerniente á nuestra educación. Nuestro director no dejó de alabarse de los muchos elementos de enseñanza que teníamos y presentó á su huésped la infortunada caja de cartón. Cuando el príncipe alemán echó una ojeada á nuestra clasificación zoológica, puso muy mala cara y se volvió para otro lado: el director se horrorizó; perdió el uso de la palabra, y no hacía más que señalar repetidas veces con la mano á algunas estrellas de mar que, colocadas en cajas de cristal, pendían de las paredes. El acompañamiento del príncipe aparentó no haber notado nada, echando sólo miradas furtivas á la causa de tal perturbación; mientras que, nosotros, los niños traviesos, hacíamos toda clase de muecas para no soltar la carcajada.

## VI.

Los años de colegio de un joven ruso son tan diferentes del período correspondiente en las escuelas del Occidente europeo, que debo insistir más aún sobre mi vida de estudiante. Los jóvenes rusos, por regla general, aun cuando estén todavía en un liceo ó en una escuela militar, se interesan ampliamente en cuestiones sociales, políticas y filosóficas. Verdad es que el cuerpo de pajes era de todos los colegios el menos adecuado para tales empresas; pero en aquellos años de renacimiento general, las nuevas ideas penetraron aun hasta allí, conquistándonos á algunos, sin que por eso nos impidieran tomar parte activa en las bromas y juegos propios de nuestra edad.

Estando ya en la clase cuarta, me aficioné á la Historia, y con el auxilio de notas tomadas durante la lección y leyendo todo lo posible, llegué á escribir un curso completo de la primera parte de la historia medioeval, para mi uso particular. Al año siguiente, la lucha entre el Papa Bonifacio VIII y el poder imperial llamó especialmente mi atención, y con tal motivo ambicioné el ser admitido como lector en la Bi-